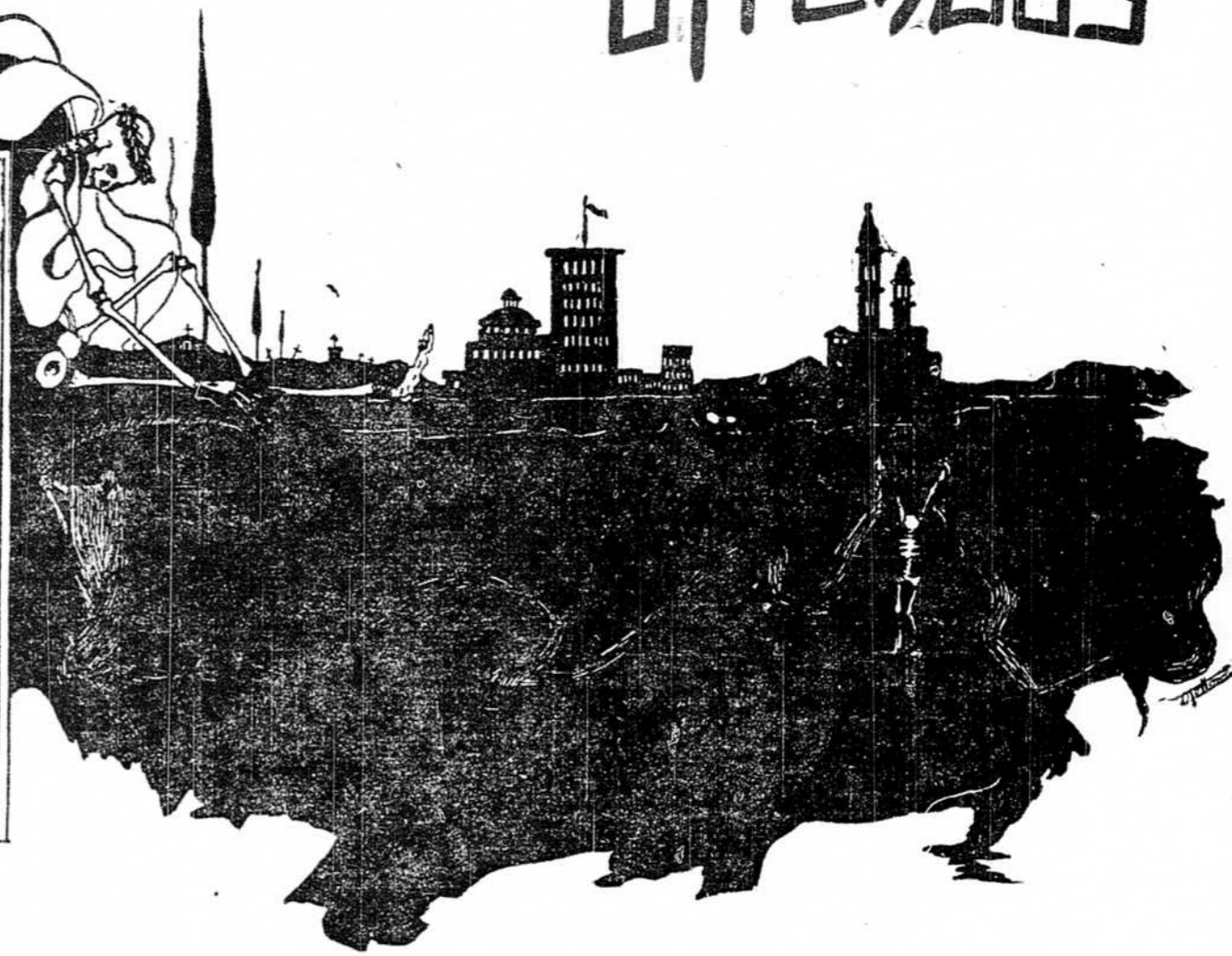


# LA CIUDAD DE MUERTOS

## El día de las recordadas y de las ofendidas



Una vista del Panteón de San Fernando, de Esta Ciudad.



de eliminación necesario, en el que los inadaptables van desapareciendo para dejar el paso a los aptos, los débiles para dejar el sendero a los fuertes.

Después, como nada ha de perderse en la naturaleza, lo que fuera carne amorosa, lo que fuera nervios vibrantes, lo que se encerrara en la cueva encantada del cráneo, se convertirá, en el gran laboratorio de la tierra, en flor, en fruto, en sustancia química que mezclada con otras, en el fondo de una retorta, será elemento de algún producto industrial.

No hay en todo ello nada de trágico, nada de extraordinario. Para los viejos pueblos, conquistados por el desconocido, cogidos por el temor y por la fe, la muerte era la temida transición al más allá misterioso de las teogonías, la llamada al eterno juicio, la entrada a un nuevo vivir ignorado, en el que la suprema justicia habría de discernir premios o torturas.

El lago misterioso, el mar obscuro, el puente encantado, el sendero tenebroso, todo lo que los viejos ritos crearon para materializar la transición, el viaje de uno a otro mundo, hacia de la muerte una formidable tragedia, en la cual no se moría, sólo se cambiaba de vida.

Y como la otra era eterna, había que pasar buena parte de esa vida perecedera, de esta vida de transición que nos daba la piedad de los dioses, pensando en la otra, preparándonos para la otra.

Luego, los que quedaban, seguían pensando en la suerte que habrían corrido los que desaparecieron del humano escenario. Habían ido a un largo viaje, hacia un mundo nuevo; seguían vivos, con una vida extraña e incomprensible, pero en la que habían menester de las atenciones de los demás.

Por eso los egipcios hicieron a sus muertos en las bandeletas mágicas de la momificación, para que el tiempo no les destruyese los miembros; por eso se llenaban sus tumbas de viveres, se les llenaban cántaros de agua, se regaban sobre la tierra que cubría sus huesos, ánforas de esencia, se les colocaba en la mano, antes de cerrar el sarcófago, la moneda para que pagasen al fúnebre barquero, la traviesa de la laguna, para que pagasen al macabro vigilante de Arimán, el tránsito por el puente encantado.

Por eso, en las noches de frío, se les llevaban mantas y se les encendía fuego.

Por eso los grandes señores atencas no iban nunca solos a la muerte; el camino era áspero, y se necesitaba que los acompañase un esclavo, al que se daba muerte ante el cadáver del señor, para que fuese a servirle en la vida ultraterrena.

Por eso se cuidaba de no hacer nada que pudiese enojarlos, y se procuraba hacer lo que les desagradase y les llevara regocijo; por ejemplo: ventilarlos.

En tanto que Clitemnestra no muere, Electra va tarde a tarde a la tumba de Agamenón, a recordarlo que será vengado, que ya Orestes afila su espada en la sombra.

Así pues, en la otra vida el hombre seguía con sus mismas pasiones, con sus mismos anhelos, pero impasibilidad para cumplirlos, para realizarlos; para ello reclamaba el amor de los suyos.

En ocasiones, las almas de los muertos son abandonadas por los suyos, y entonces sufren hambre y frío, y son las que por las noches recorren los caminos, sollozando en los sollozos del viento en el ramaje de los senderos.

La vida en el otro mundo, cuanto menos para el pueblo griego, es triste. Después de su visita a Plutón y a Proserpina, Ulises exclama, dolorido: "Mejor es ser esclavo en la vida, que rey en este mundo de los muertos".

Por eso los muertos han menester consejo, amparo, refugio, ayuda, para menguar sus tristezas, para endulzar sus dolores, para hacer llevaderas sus fatigas, y eso, se los da el amor de los suyos, y sólo les llega por el secreto sendero del recuerdo.

Pero la vida nos conquista tan por entero, es tan hoscía la lucha, tan incansante el esfuerzo, tan inacabable la guardia contra los mil enemigos que nos rodean, que poco tiempo queda para darlo a los muertos.

Por eso el suyo es un día, un día sólo entre los trecientos sesenta y cinco del año, que necesitamos para nosotros mismos.

Además, es preciso pensar de cuando en cuando en el transitorio de nuestras vidas, en lo efímero de nuestros gozos, en lo inútil de nuestros bienes, "tesoros de la tierra que orín y polilla consumen y que desentieran los ladrones"; en lo inestable de nuestras dichas, en lo pasajero de nuestras victorias.

Es preciso, porque parece ser fatal condición de los humanos, el que no nos acerquemos a la divinidad sino por el temor. La alegría nos hace confiados, las risas apartan de los labios el munitar de las oraciones. Apenas si hay quien piense en la divinidad cuando se siente rodeado de todos los bienes apetecibles, cuando todo le sonríe en torno, cuando siente la dulce caricia de los amores, el halago de las vanidades, las satisfacciones de la holgura.

Para pensar en la divinidad, necesita sentir que su carne está sujeta al dolor, y esto sólo lo sabe en la presencia del dolor o de la muerte. Para arrodillarse ante Dios, necesita, no el amor de Dios, sino el temor de Dios, y eso, sólo llega a su espíritu a través del horror al acabamiento, a la dispersión del ser físico y moral, a que el fin de todos los gozos esté cerca, tan cerca cuanto quiera que esté la voluntad de Dios.

Némesis castigaba en el mundo pagano el desvío de los felices. Los griegos sabían que los dioses no a-

maban la risa de los mortales.

Y apenas un hombre se sentía demasiado feliz, demasiado poderoso; apenas contemplaba como sus arcas se iban llenando de joyas y sus campos de ser labores, como se multiplicaban sus sembradíos y sus ganados; apenas se daba cuenta de esto, estaba ya su frente al ambral de las grandes victorias, de como le seguía por las calles la admiración de los suyos, de como los brazos amorosos de las mujeres se ceñían en torno de su cuello, en tanto que manos blancas se tendían a él en suplica de caricias, se preguntaban con horror: ¿ese que habéis ofendido a los Dioses? Némesis va a castigarle por esta dicha excesiva.

Y se apresuraba a arrojar lejos de sí parte de sus tesoros, a liberar a sus siervos, a abandonar a sus mujeres, a huir de sus amores y a desdorar el dador de las femeniles caricias. Y a pensar en la muerte, en el más allá sombrío, en el vivir sin luz y sin amor en la infinita llanura de los asfodelos, en los jardines sombríos del Erebo, donde se manaba callada y tristemente la hija de Ceres y el hijo de Urano.

Es que sólo el temor a la muerte, sólo la visión de la muerte, acerca a los hombres a la divinidad. Por eso Némesis castigaba a los felices, porque la dicha excesiva conduce a la pérdida de la fe y hace activo y con fiado al rebano de los mortales.

Por eso nosotros también, una vez al año tan siquiera, llevamos el espíritu hacia la visión del cementerio, nuestra ciudad de mañana, seamos ricos o pobres, poderosos o miserables, desventurados o felices.

Es algo así como la vieja llamada a la fe de la diosa implacable, la necesaria humillación de los orgullosos y de los envidiosos, el recordatorio periódico de que somos débiles, de que somos de frágil arcilla, de que tenemos la vida y la dicha en préstamo, y de que ambas cosas nos pueden ser arrebatadas a lo mejor, así pongamos en nuestro trono, en guardia perenne, a los mismos hoplitas de Leónidas.

Es también, algo como un silencioso acto de desagravio a los que se fueron.

Hay quien sabe que cuando la muerte se llevó al que duerme el eterno sueño bajo los árboles del cementerio florido, estaba en deuda con el que se fue; en deuda de amor, en deuda de caricias, en deuda de gratitud. Lenidad en el pagar, hizo que la deuda quedara insoluta; hubo ternuras que no fueron comprendidas, bondades que no fueron correspondidas, sacrificios que no fueron compensados.

Por fortuna, decimos entonces, no se muere del todo, la carnal envoltura se despedaza pero queda el espíritu inmortal, y en él se cumplirá el desagravio. . . . y por eso se va a la tumba del desaparecido, en una tarde gris de otoño, con un ramo de flores en la mano y un rezo en la boca y el iris de las lágrimas en los ojos.

Y en el último caso, el que se fue no recibe el pago, uno sabe que lo hizo, y queda tranquilo.

Nosotros necesitamos, ante todo, de nuestra tranquilidad. Necesitamos estar tranquilos, para estar cómodos; necesitamos huir de los recordamientos, no por lo que ellos son en sí, sino porque ponen trabas a la alegría; necesitamos quitar toda sombra de nuestro espíritu, no para serenidad de nuestra conciencia, sino para que la sombra no se refleje sobre nuestros gozos. Necesitamos, en fin, liquidar nuestros saldos sentimentales, para poder entregarnos de lleno a vivir nuestra vida.

Si hemos pasado un año sin recordarnos de los que dejaron la vida, después de haber hecho la nuestra, de los que entregaron el alma a Dios y el cuerpo a la tierra, con la sola márgura de dejarnos solos y de privarnos de sus caricias, de los que vivieron su vida para nuestro bien, y aun después de muertos nos dejaron el regalo de sus virtudes, de su nombre y de sus virtudes, acúntenos, tras de no haber dado nada en cambio, el escorzar del que se encuentra en falta consigo mismo, el malestar del que hurga y no se siente capaz de devolver lo hurtado, el disgusto del que se ha dejado sin hacer algo necesario y urgente. . . . y sacudimos nuestras peñas, y nos vamos al cementerio, con nuestra carga florida y una comedia sentimental dentro del espíritu, a entristecernos un poco, a llorar si podemos, a dar a nuestros muertos el sacrificio de unas cuantas horas de alegría, a alternar con una muchedumbre triste, muda o llorosa, a pagar con ello toda una vida de amor y a lavar con el mequino caudal de nuestro llanto de ocasión, la mácula de ingratitude de nuestros años de desvío.

Hay, sin embargo, para quien este día de visita oficial a los muertos, es algo inútil, es algo vano, algo que constituye contrariedad y obstáculo a la libre exteriorización del sentimiento; la madre que no espera el día de la festividad católica para encaminarse al cementerio, una y otra tarde, a descansar, sobre la tierra recién movida de la tumba del hijo amado, el fardo de sus angustias, de sus desencantos, de sus dolores incurables, de sus desconsoles sin remedio; la amada que busca la tumba que más que el cuerpo del que se fue parece encerrar el alma suya, para derramar sobre ella el caudal de sus lágrimas y reconstruir, en la soledad del cementerio, las escenas de amor vividas en un ayer más añorado cuanto más lejano; el hijo en desamparo que busca refugio en su alma, que tira de frío entre la hosquedad del vivir, bajo los brazos siempre abiertos de la cruz clavada por su piedad filial sobre la sepultura del padre fuerte, vencido por la vencedora implacable. . . .

Para ellos, la muchedumbre del día de muertos, con su duelo protocolario, va sólo a turbar la suprema quietud de la muerte, a profanar el

silencio sagrado de aquel mundo misterioso y sombrío en el que ya nadie lucha, en el que ya todos se rindieron a la fatiga, en el que ya nadie odia, en el que ya todos dan la contribución de su carne y de sus huesos al vientre fecundo de la tierra.

Para ellos, el día de muertos es cada día que viven pensando en los que se fueron para no volver.

Para ti, lector, este día de los muertos es un día de evocación, acaso un día de honda pena en el que el recuerdo de la tierra lejana te sea doloroso y cruel.

Tú recuerdas que en días como éste, allá, en el rincón mexicano donde viviste tu mocedad alegre, te despertaba por las mañanas el trágico familiar presuroso de la marcha al cementerio.

Viejas coronas guardadas en cajas cubiertas de polvo, escondidas durante un año tras el remate—obra de talla del carpintero local—del toscoperopero oloroso a ropa limpia y a perfumes finos, lucían ante tus ojos sus hojas de esmalte y sus flores de porcelana. Tú, si eres espiritual e imaginativo, hubiste de pensar en que, si los muertos eligieran sus ofrendas, no elegirían de seguro flores de porcelana con hojas de esmalte sin olor, sin frescura, sin vida, cosa arte, cosa muerta como ellos mismos. Era como si a un ciego le ofreciesen el don de unos ojos de vidrio. A un muerto, llevarle flores frescas, recién cortadas, húmedas de rocío, palpitantes de sabia, flores en cuyos pétalos, libres todavía al alejarse del insecto de alas polverosas que chupó la miel y dejó el polvillo fecundo del pólen; un ramo apretado de flores olorosas a vida, a mujer, a amor, a campo, a bosque, a jardín, que puede que su encanto atraviese las capas de tierra que amontonó la azada del sepulturero y lleve algo como el estremecimiento de una caricia, a la pobre carne entumecida por la muerte. . . . Pero no flores muertas, como ellos. . . .

Luego, ante los ojos tristes de la madre, que recordaba más hondamente que nadie, por cuanto que nadie como ella, con sus años y con sus penas, se encontraba tan cerca del viaje final, la familia se vestía de luto, y empredía el viaje al cementerio, con su carga de cirios, de flores, de crepiones, de candelabros relucientes.

En el cementerio, la visión de la "feria" puebleriana: los "puestos" coigados de papillitos multicolores, las vendedoras, de caras sonrientes y de bocas rojas en adorable promesa; el pregón a grito abierto de las más variadas mercaderías; los pequeños devorados "muertos" de azúcar y los grandes olvidados a su pesar de los muertos suyos, ante aquel espectáculo de alegría de los vivos en plena lucha.

Dentro, una extraña puja de vanidades; sepulcros adornados con lujos de escenografía vulgar, en la que más

que el amor al desaparecido se hizo patentizar lo cuantioso de la herencia que dejó tras de sí; una multitud que se agita nerviosa entre gasas y cirios, y flores y esmaltes, esponiendo teorías estéticas y discutiendo efectos visuales.

De cuando en cuando, grupos tristes, móviles, en torno de una tumba sin mármoles y sin bronce, sobre cuya tierra parpadea un cirio y se marchitan unas flores.

Cuando los gritos del pregón cesan por un momento, se escucha el sollozar de una mujer, de un niño, de un mozo, en aquellos grupos tristes.

En los rincones lejanos del cementerio, escuchaste alguna vez coloquios de amor. Mas de un beso agitó cercas de ti las pequeñas ramas grises de los cipreses.

Llegó la noche, cada cual tornó a su casa, y los muertos quedaron solos otra vez, bajo la tierra hollada de sus sepulcros.

Las coronas volvieron a sus cajas polvosas, los cirios al fondo del viejo arcón, los candelabros a lucir su bronce repujado entre las colgaduras de la sala, y la vida, con sus visiones y con sus tentaciones, arrojó bien pronto del espíritu—sobre todo del espíritu joven—la visión de la muerte, de las tumbas, del dolor. . . .

Sin embargo; los muertos habían tenido su ofrenda, su homenaje de recuerdo, más o menos hondo, y los vivos unas cuantas horas de recogimiento, ante la presencia de la muerte, fin indeclinable de todo lo creado.

A ti, lector, este día de los muertos te hará pensar en los tuyos que duermen el eterno sueño bajo la tierra lejana que ha mucho no pisas, que sólo Dios sabe cuándo pisarás, que acaso no se abra para dar abrigo a tus huesos, cuando te llegue la hora de entregar el alma al Creador.

### SUEÑO Y REALIDAD

Un leñador estaba soñando un sueño feliz. Al ser repentinamente despertado por otro, exclamó incomodado: —¿Por qué me habéis despertado? Era Rey y padre de siete hijos. Todos recibían educación en las varias ciencias. Yo estaba sentado en mi trono y gobernaba mi país. ¿Por qué me habéis destruido un estado feliz y delicioso?

El otro replicó: —¿Ba! Sólo era un sueño. ¿Qué te importa?

El leñador repuso: —¡Idos de aquí, necio! ¿No comprendéis que mi existencia como rey era tan real como mi existencia como leñador? Si es cierto que ahora soy un leñador, era igualmente cierto que entonces era un rey.